



El

ENCANTO

del Mercado Central

LANUZA

Pilar Hernandis

**Para todos los niñ@s que visitan el Mercado
Central Lanuza de Zaragoza.**

EL MERCADO CENTRAL LANUZA,

Los personajes del mundo maravilloso de **Pilar Hernandis**, **Lassadí**, **Fabo** y **Luzmill**, nos ayudan en este relato a conocer mejor uno de los espacios históricos de Zaragoza de enorme valor cultural además del comercial que lo caracteriza. Es un mercado que seduce porque todo lo contiene, y ya veréis cómo visitarlo emociona y asombra tanto como la mejor de las experiencias únicas.

¿Entramos con **Fabo**, **Lassadí** y **Luzmill** y observamos todos los detalles? ¿Tal vez encontremos tesoros escondidos que nunca habíamos imaginado! ¿Los acompañamos en su apasionante recorrido? Nos sorprenderán las galerías, las columnas y capiteles, los emblemas y esmaltes de colores, pero sobre todo, el vitalismo desbordante de sus puestos repletos de productos aragoneses. Os aseguro que es tan reconfortante el paseo que podríamos -como **Luzmill**- alzar el vuelo hacia sensaciones desconocidas. ¡Nos sentiremos tan felices que sólo querremos volver y volver!

DONDE LA VIDA REBOSA

Félix Navarro quiso crear en 1903 un mercado útil y con buenos materiales pero bello y acogedor, donde los trabajadores y visitantes disfrutaran del gusto por una alimentación saludable y natural, y también de la comunicación y de la sana convivencia entre todos. Para ello, diseñó una decoración que representara estos valores y con la que pudiésemos admirar un edificio artístico lleno de alegría, mientras se comercia con gran ilusión para lograr el bienestar colectivo. El **Mercado Central Lanuza** es un orgullo para todos nosotros y por eso queremos cuidarlo y mejorarlo. No lo olvidéis: ¡Viva nuestro mercado zaragozano! ¡Será eternamente mágico!

CHARO SERRANO

Zaragoza, 2019

Lassadí era un gnomo que habitaba en un viejo olivo al pie de las aguas termales y minerales de los **Montes Cárpatos**. Durante más de doscientos años trabajó en unas famosas minas custodiando piedras preciosas y valiosos metales.

Hasta que un día, cansado de tanta rutina decidió cambiar de vida. Dejaría Rumanía y se trasladaría a otro país ya que sentía la necesidad de ver nuevos paisajes y conocer distintos seres, otras culturas.

Así que pensó en utilizar sus poderes mágicos. Se convertiría en saltamontes, mosca o quizás en pájaro. Pero, al final, Lassadí se transformó en un grillo sabio y de un salto se introdujo en la mochila de un excursionista “maño”.

Muy aprisionado, viajó durante unos cuantos días hasta que, por fin, el tren llegó a su destino y el viajero se apeó en el andén de la estación de Delicias en Zaragoza. Cuando tuvo ocasión el intrépido grillo saltó a la calle y, volando, recorrió un gran espacio. A Lassadí le fascinaron los entornos del Casco Viejo, la Plaza de España, el gran río Ebro.

Y eligió instalarse en su ribera, en El Balcón de San Lázaro, uno de los entornos más emblemáticos de la histórica ciudad, donde se libraron importantes batallas contra el ejército de Napoleón, en los Sitios de Zaragoza, durante la Guerra de la Independencia.



Aquella misma noche, en la Arboleda de Macanaz, el grillo estrenó su primer concierto. Al comenzar el soliloquio, entre las sombras del soto ribereño, fueron apareciendo un gran número de seres mitológicos: **hadas, ninfas, elfos, duendes...**

El sagaz insecto tuvo la necesidad de convertirse, otra vez, en **gnomo** para conversar con ellos.

Al principio todos huían de él asustados. ¡La transformación había sido tan sorprendente! Lassadí vestía túnica azul, pantalón marrón, cinturón rojo con hebilla dorada, botas negras y en su cabeza, muy apretado, llevaba un gorro rojo, largo y puntiagudo que no podía quitarse nunca, ya que si lo hacía perdía sus poderes mágicos.

Entonces Lassadí comenzó a comunicarse en su idioma autóctono, el **sindarín**; mas, por la expresión de las caras, advirtió que no entendían su lenguaje. Sigilosamente, se le acercó un **ent** guardián de los bosques, que, además de traductor, era un ser inteligente, híbrido entre hombre y árbol; sus brazos los formaban dos ramas con hojas verdes y sus piernas eran dos troncos largos. En varios idiomas interpretó a los oyentes cómo el **gnomo** había llegado hasta allí desde los montes Cárpatos.

Lassadí estaba muy interesado en conocer las tradiciones y ritos más importantes de la antigua Caesaraugusta. Dos **driadas** hechiceras, *con el pelo verde oscuro y poderes para hablar en varias lenguas con plantas y seres*, contaron al gnomo la historia de la Basílica de Nuestra Señora del Pilar, del antiguo Puerto Romano y también la leyenda del legendario Pozo de San Lázaro.



Lassadí se sentía feliz por haber elegido para vivir un lugar tan especial, tan simbólico.

Todos los días al amanecer, para poner su mente en funcionamiento, el gnomo daba un gran salto y se paseaba por el tejado del edificio más alto de la ribera del Ebro. Caminaba por él entre vuelos de palomas y acompasado por el alegre murmullo de las aguas del río Ebro.

Desde allí contemplaba la magnífica vista de la Basílica del Pilar, la Torre de la Catedral de La Seo y de las Iglesias de la Magdalena y San Pablo. Y también el poderoso y relevante Puente de Piedra, custodiado por cuatro leones alzados; obra del escultor Francisco Rallo. El león es el emblema de la bandera de la capital aragonesa.

Para bajar Lassadí daba otro salto, atravesaba la ribera, cruzaba el puente de Santiago y llegaba hasta el **Mercado Central Lanuza** construido por el Arquitecto Félix Navarro e inaugurado, en 1903, monumento Histórico Nacional desde 1978 y Bien de Interés Cultural desde 1982, centro comercial de encuentro y convivencia de los aragoneses.

En el **Mercado Central**, casi siempre, Lassadí se encontraba con su buen amigo Fabo. Fabo era un duende de luz muy sabio (*vigilaba y protegía el Canal Imperial de Aragón, desde hacía más de cien años*). Después de saludarse, comenzaban a degustar fruta fresca, queso, frutos secos; más tarde, se cruzaban al paseo de la ribera del río Ebro para ver el nivel de agua que las corrientes llevaban.



Y **Lassadí** y **Fabo** regresaban de nuevo al **Mercado**. A veces, comentaban orgullosos que aquel edificio desprendía humanidad; era icono de la alimentación y la comunicación, todo él sustraba Arte.

Durante su trayecto, hablaban del tiempo, de cómo les gustaba convivir en la naturaleza y con los seres humanos; también de los astros del cielo y de sus experiencias prodigiosas. Para despedirse, chocaban sus manos y, sonriendo los dos a la vez, se decían: amigo, nos veremos pronto.

Lassadí, antes de regresar a la arboleda, visitaba la Plaza del Pilar, centro de la vida social, cultural y turística de la ciudad de Zaragoza; se subía a la estatua del famoso pintor Don Francisco de Goya y Lucientes, situada frente al Ayuntamiento, entornaba los ojos y, soñando, se elevaba un palmo. Al momento, el cierzo se convertía en acordes de guitarra y el **gnomo** tarareaba unas jotas.

Por visitar Zaragoza,
dejé mi país un día
y me quedé para siempre;
encontré paz y alegría.

En esta hermosa ciudad,
me siento muy protegido
por la Virgen del Pilar
y la bendición del río.





Frutería

Verduras



pescadería

Una mañana de otoño, Fabo llegó al **Mercado Central** y se encontró con Lassadí que iba acompañado de una **gnómida** muy bella: vestía una túnica de dos colores, verde y blanco, falda verde, un gorro grande y puntiagudo también de color verde y lucía una melena rubia que le llegaba hasta la cintura.

Después de saludarse, el gnomo le presentó a Luzmill: Lassadí le comentó que hacía unos días había llegado de Rumanía y que ellos, además de ser amigos, habían trabajado juntos en las minas de **los Montes Cárpatos**.

Luzmill contó a Fabo que, cuando Lassadí le escribía, le explicaba cosas tan “guays” de Zaragoza que había decidido venir a la ciudad para conocerla. Al **duende**, le pareció una **gnómida** muy simpática y sonriendo le dijo: me alegro que hayas venido a pasar unos días con tu amigo “rumano”.

Después de comer, los tres dieron un gran paseo por el recinto del **Mercado Central Lanuza**. A Luzmill le pareció un espacio encantado el de los alimentos más sanos. De pronto, por megafonía, anunciaron que, a la mañana siguiente, había programada una visita guiada para niños.

Lassadí y Fabo pensaron que, quizás, a Luzmill le “molaría mazo” asistir a ella. Y los dos, en complicidad se lo comentaron; como ella era una gnómida aventurera y genial, aceptó enseguida. Pensó que así, en algún momento, podría utilizar sus poderes mágicos.



A la mañana siguiente, puntualmente, en la puerta principal del **Mercado Central**, los tres amigos estaban esperando para hacer la visita guiada. Unos turistas mexicanos que por allí pasaban, en voz alta, decían que aquel lugar era una de las joyas de la Capital de Zaragoza, fanal del comercio y de la convivencia ciudadana.

Después de un buen rato, los niños llegaron a la fachada principal acompañados por dos monitores. El guía comenzó la visita con un breve saludo de presentación: buenos días, me llamo Máximo les dijo; hoy durante un buen rato visitaremos el **Mercado Central Lanuza**. Estad muy atentos, porque os contaré la historia de un edificio singular, un homenaje a la gente sencilla y al trabajo humano.

En la entrada y a cada lado de la puerta principal, los niños pudieron contemplar dos pares de altas columnas; en sus **capiteles corintios** y sobre hojas de acanto, unos cestos con frutas variadas: granadas, manzanas, limones, peras, ciruelas, uvas y membrillos, grabados en piedra.

Máximo les comentó que se fijaran bien en los **capiteles**, ya que en ellos también había un pequeño escudo con las letras de Z, A, R, A, en los de la parte izquierda y G, O, Z, A, en los de la derecha, para formar el nombre de la ciudad de **Zaragoza**.

Mientras el guía saludaba a un amigo y todo el grupo ensimismado, descubría las letras, Lassadí y Fabo se inventaron un juego: enviaron reflejos de luz sobre las letras de los capiteles y éstas comenzaron a moverse y a cambiar de sitio.



Los niños, fascinados, hablaban entre ellos y señalaban hacia un mismo punto; pero, cuando el guía miró, la magia desapareció al momento.

Los peques contaban, todos a la vez, lo que habían visto: Máximo les dijo que aquello no podía suceder, que probablemente todo había sido un espejismo. Los niños se quedaron silenciosos, muy pensativos...

De nuevo el guía y todo el grupo salieron a la calle y caminaron por la fachada lateral del edificio, hasta alcanzar la puerta por donde entrarían de nuevo al **Mercado**. Un niño elevó la vista y alzando la mano indicó: mirad tres cabezas con alas de abejas. Al momento una niña gritó: pues mi abuelo, en el pueblo tiene más de cien colmenas. Los niños se alborotaron: ¡tenían tantas anécdotas que contar sobre la miel y las abejas!

Para que se calmasen, Máximo relató al grupo la historia de la mitología clásica del caduceo cuya imagen también allí se encuentra; el caduceo –les dijo– está formado por una vara delgada, lisa y cilíndrica, rodeada por dos serpientes enroscadas ascendentes y coronadas por un casco alado, símbolo del dios Mercurio, ornamento famoso del **Mercado Central**; representación protectora de los caminos, de los viajeros, del comercio y la comunicación. Al grupo les gustó tanto la historia que, muy entusiasmados, aplaudieron.



Así que aquel día, por unas horas, además de arte y alimentos, todos verían algo más que una Lonja de Comercio: era un lugar dedicado a transmitir los mejores valores de la humanidad, expresados en una gran labor, en las tareas que contribuyen a la alimentación material y espiritual.

Seguidamente, Máximo, les llevaría hasta los distintos puestos del **Mercado**, donde los detallistas ofrecían al público los más variados productos procedentes de la ganadería y las granjas aragonesas: carnicerías, pollerías, menuceles, charcuterías, encurtidos, verduras y frutas recién cogidas de la huerta: alcachofas, borrajas, tomates, espárragos, cardos, racimos de uvas, melón, sandía, frutos secos y también pescados frescos y congelados, pan tierno y los dulces más ricos y famosos del lugar. *Todos ellos alimentos especiales de la dieta mediterránea.*

El recinto también poseía puestos de flores y aderezos para embellecer la vista, y unos bares estupendos.

Todo el grupo estaba fascinado, asombrado.

Y, en aquel preciso momento, fue cuando Luzmill sintió una intensa luz que traspasaba su cuerpo; los rayos del sol entraban por todas las cristaleras del edificio y ella comenzó a elevarse... Nadie se dio cuenta, pero la gnómida volaba y volaba por todo el recinto, majestuosamente, como una mariposa...

Algunos niños comenzaron a alborotarse, decían que habían visto cómo las serpientes de los caduceos se movían; otros habían sentido soplidos y voces en los oídos.



El guía, de nuevo, les pidió silencio, Fabo y Lassadí se miraron compinchados, sin duda había sido Luzmill y su magia la causa de aquel incidente fortuito.

De pronto, unas cuantas niñas levantaron los brazos y apuntaron a lo alto se habían fijado en unos grandes tarjetones de esmaltes que llenaban de color el espacio: aquello les pareció una pasada.

Y para finalizar la visita y antes de despedirse, Máximo les explicó, con detalle, toda la ornamentación del edificio y los materiales utilizados combinando la piedra, el hierro y el cristal. También verían los elementos arquitectónicos, las galerías de arcos y la decoración escultórica alegóricas a la agricultura, la carne, la pesca y el transporte.

Al mediodía, los niños regresaron al colegio agotados; pero, muy satisfechos con la visita y las estupendas explicaciones del guía; también, por la magia que habían sentido en aquel inigualable recinto. Y, como tarea para el día siguiente, entregarían al profesor una redacción de aquella magnífica y enriquecedora experiencia.

En estos tiempos, las nuevas tecnologías son una ventaja, ya que los niños mientras juegan se instruyen y aprenden más fácilmente que las anteriores generaciones; sin embargo, se está perdiendo el quedar para conversar personalmente.

El Mercado Central es el edificio donde habitan los elementos que nos hacen estar más activos y alegres: las semillas, el agua del río Ebro, la tierra, el medio ambiente y la unión del trabajo y el compromiso de muchos seres; es esencial para que los alimentos fructifiquen y después se comercialicen a través de un colectivo pleno de tenacidad, ilusión y confianza.

Por todo eso, Luzmill decidió quedarse en Zaragoza y para vivir eligió el **Mercado Central Lanuza**. Así, queridos niños, cuando veáis que el edificio se ilumina, sentís murmullos, os soplan en los oídos y los caduceos alteran sus formas son Luzmill, Lassadí y Fabo que, con su magia, os agradecen la visita.



EL ENCANTO DEL MERCADO CENTRAL LANUZA

© Pilar Hernandis Herrero
Textos: ©Pilar Hernandis Herrero
Ilustraciones: ©Jose Bailacher

Depósito Legal: Z 1465-2019.

Imprime:
Navarro & Navarro Impresores
Corona de Aragón 28, local, 50009 Zaragoza

Asociación de detallistas
del Mercado Central



**GOBIERNO
DE ARAGON**